

desde la duda

Hijos virtuales

Pilar Rius

Es ahora, con 75 años, cuando creo que estaría preparada para tener y educar un hijo, una hija. Ahora que ni siquiera lo podría cargar porque que yo misma no puedo con todos mis años y mi costal de kilos, ahora que no sé nada acerca de la educación de los niños, ni me importa.

Ahora es cuando estaría calificada para llevar a un niño de la mano en su entrada a la vida. Ahora que ya no ensayaría el método del Dr. Sproll para que creciera sano, ni aplicaría los conceptos de Erich Fromm para que conociera el amor y la paz interior, ni intentaría el despertar temprano de su inteligencia y creatividad para que fuera feliz; ahora que ya no haría nada de lo que recomiendan los que dicen que saben de esas cosas.

Sólo lo elemental y sólo en sus primeros años, hasta que él construyera sus propias herramientas para seguir con su vida por su cuenta; después ... silencio. Alguien dijo que las madres tendríamos que quedarnos mudas cuando el último de los hijos cumple cinco años. Para no hablar de más, para no ejercer influencias, ni malas ni buenas, para no darles la vida masticada. Para dejarlos que observen e infieran sin que nosotros les contemos la película.

Pero eso sólo se puede hacer a los 75 años; a los 20 o 30 que es cuando se tienen los hijos —cuando yo los tuve—, no.

Tener un hijo me parecía entonces un milagro, todavía me lo parece, lo que me pregunto ahora, no es si mis cuatro hijos han dejado de ser el milagro más hermoso que me ha ocurrido, porque lo siguen siendo, sino si el milagro de la vida no conlleva —para el que vive— demasiado dolor, demasiadas incongruencias, demasiada ignorancia, demasiados abusos; si vivir no es pagar un precio demasiado alto por una mercancía que tiene un lapso muy corto de caducidad y cuyo uso es de altísimo riesgo.

Tampoco sé cómo podría garantizarse, en ese corto lapso, una buena vida, y mientras no lo sepa, no me parece justo exponer a nadie a una aventura en la que el interesado no ha pedido participar y de la cual, lo único cierto es que no tiene un final feliz.

En un mundo de buenos y malos, de íntegros y perversos, de tolerantes y fanáticos, de víctimas y verdugos, los seres que vienen a él tienen que prepararse para transitar por la vida sin pasarlo muy mal. Se me ocurre, por ejemplo, que a los niños habría que enseñarles, de entrada, a no ser tan íntegros que todos les carguen la mano, porque por ahí entra el dolor; tampoco a ser perversos, porque la maldad es por sí sola un dolor.

Habría que buscar un modelo intermedio, para que la niña, el niño, creciese fuerte pero no déspota, tolerante pero decidido, y paliar un poco así, la vulnerabilidad adicional de los extremos.

Para intentarlo, yo tendría que tener claras algunas definiciones; no las tengo: de niña, era buena si obedecía y mala si no hacía lo que querían los adultos, cuando era buena no sufría, luego he sufrido por seguir ese patrón de aceptación aprendida, cuando ya no me servía para nada. De adolescente era buena si no me dejaba tocar y mala si perdía mi virginidad. También eso me trajo sufrimiento y un desperdicio irremediable de mi juventud entre prohibiciones, reglamentos y anatemas. De casada era buena si trabajaba, cuidaba a mis hijitos y a mis padres y a todos, y me dejaba manipular por mis padres, mis jefes, mis amigos, mi marido. Era mala si eludía alguno de esos sagrados deberes. No los eludí, pero desgasté buena parte de mi juventud tratando de cumplirlos todos a la vez. Durante mucho tiempo, acaso demasiado tiempo —incluido el de mi maternidad— fui muy ingenua y por ello altamente vulnerable, aunque puede pensarse que mi misma ingenuidad acaso me preservó de males mayores y hasta me permitió tener mi parte de felicidad. Pero no querría que mi hijo fuese ingenuo; la ingenuidad es un escudo demasiado precario.

Lo que me pasó a mí, las etapas dolorosas de mi vida, no las querría para mi hijo o hija; pero para librarla de mis dolores y de mis carencias, tendría que empezar por presentarle¹ unos valores que no

¹ Le presento a usted a Pepito Pérez; le presento a la bondad, la honestidad, la integridad, el honor, la tolerancia, la compasión...

sean los míos. O más bien, que no sean los valores de mis abuelos y que mis padres, a su vez, me han transmitido, porque yo no me acuerdo de haberme construido unos valores que hayan sido realmente míos. Creo que los valores no se construyen; alguien te los presenta,² porque no estás preparado para construirlos en tus primeros pasos, y los necesitas pronto.

¿Existen valores congénitos a los que no podamos sustraernos? Es un hecho que nacemos con los impulsos genéticos de la especie y esos no se pueden borrar; se pueden negar o disimular, pero no se pueden desechar; están ahí.

La naturaleza se encarga de que la especie sobreviva. Nos da el hambre, el frío y el miedo para preservar nuestro cuerpo, y nos da las hormonas para que conservemos la especie. Y somos esclavos de esas pulsiones con las que vamos contendiendo, con la perspectiva de los valores y los sueños familiares, si no los hemos desechado, o con los que nos hayamos construido, si hemos sido capaces. Y en servicio de ellas —de las pulsiones— damos la vida a otros seres, en un acto de obediencia al mandato de la naturaleza y, muy en el fondo, en la peregrina esperanza de que a nuestra muerte estaremos menos muertos que otros que no han dado la vida a nadie. Y a eso le llamamos perpetuar la especie. Y para eso parimos y todo lo que sigue. Y para eso tenemos hijas que parirán a su vez con la misma información que tuvimos nosotras para vivir, o sea, ninguna.³

Crecemos en una especie de ceguera que no nos permite ver que nuestro destino no lo planeamos nosotros; que ni siquiera viene de algún lugar misterioso, más allá de las galaxias, sino que es, por ejemplo, una consecuencia del sueño de una abuela y que los hombres y las mujeres asumimos los sueños de los abuelos y las tradiciones de nuestra cultura y ofrendamos nuestra vida en la realización de esos sueños y en la preservación de esas tradiciones.

Lo dice Malraux, en una novela, no me acuerdo cual: “diseñamos un sueño y entregamos toda la vida a su servicio”. Bueno, pues le tengo una noticia a Malraux: la mayor parte de las veces, ese sueño ni siquiera es nuestro.

² ...mucho gusto.

³ La información que se nos da durante nuestro crecimiento, es para ir la pasando por la vida, no para vivir.

¿Y a este lugar de sueños ajenos asumidos, es al que traemos a unos seres que ni siquiera saben a qué vienen, ni quién soñó tanto disparate en su beneficio? ¿Saben los que nacen que vienen a servir, con sus vísceras, los sueños de otras generaciones? (a eso creo que le llaman cultura). ¿Y que en esos sueños soñados por otros están comprometidas su alma y su vida?

Qué lástima que no nos llegue como una revelación —y a tiempo— la certeza de que estamos enredados en un sueño ajeno, para poderlo asumir en su debida dimensión, y, así, no estar tan empecinados en cumplirlo.

Entonces, la vida podría ser hasta divertida. Y podríamos sentarnos tranquilamente y verla pasar hasta su fin.

Pero no se nos prepara para nada de eso, no se nos enseña que en el mundo de lo real, el sueño tiene prioridad sobre el libre albedrío, y que, como Don Quijote, cuando se acaba el sueño, es tiempo de morir.

Algunos, creo que muy pocos, se percatan de la trampa de los sueños antes del final, pero ya no son capaces de construirse otro sueño, porque ya saben que hay truco. Y tampoco han aprendido a vivir sin tener un sueño que ponerse. Se los conoce porque, como ya no tienen a dónde ir, no van a ninguna parte.

Los sueños acerca del amor, la amistad, el honor, la virginidad, la maternidad, la autorrealización y otras entelequias, hacen que los hombres estén haciendo casi siempre lo que no quieren hacer; en el supuesto cumplimiento de su deber. En algún momento, la humanidad tendría que plantearse la utilidad de seguir procreando esclavos de exigencias oníricas ancestrales.

En materia de amor, proclaman los abates de las religiones de los hombres que en éste se encuentran todas las soluciones y que hay que amar a todos los seres de la creación, pero no se ponen de acuerdo a la hora de definirlo.

Tal vez amar consista en ser capaz de interpretar el papel que te asignó el amado en el sueño que le tocó. ¿Amar es transitar por esos mundos, haciendo realidades efímeras los sueños ajenos? ¿Es bueno, es ético, es conveniente para algo, para alguien, traer al mundo a seres humanos que vayan dando palos de ciego por la vida, en el cansado intento de acomodarse a los sucesivos sueños de los sucesivos (o simultáneos) sujetos de su amor?

Qué raro que los poetas que tanto le cantan al amor y a la muerte en sus poemas, nunca hayan escrito (o yo no lo he leído) acerca del

supremo acto de amor que significa la muerte; la muerte como la única expresión auténtica del amor de Dios por los hombres.

Dicen que, en el plano humano, el amor de una madre por sus hijos es el más parecido al amor de Dios por sus criaturas; bueno, pues en ese entendido, si se me volviese a plantear la opción de la maternidad, yo no quiero pensar en ofrecerle la muerte a mi hijo potencial como la máxima prueba de mi amor por él, pero sí puedo elegir no darle la vida.⁴

Es un hecho que, si no se nace, no es necesario ese último acto de amor: al no nacer, te ahorras todos los sueños de la creación y todo el trasiego de su interpretación y cumplimiento.

Por eso, si se me volviera a presentar la opción de vivir una nueva vida, creo que no aceptaría volver a ser madre, en las circunstancias en que lo he sido la primera vez.

Pero si esa opción se me ofreciera ahora, a los 75 años, cuando me sería más fácil persuadir a mi hijo de que la vida puede ser interesante y hasta divertida a condición de saberse acomodar a las exigencias de los sueños y al vaivén de las velas, tal vez lo pensase dos veces. Bueno, puede ser que decidiera esperar un poco más, para estar mejor preparada, no lo sé, creo que volveré a pensarlo dentro de algunos años.

⁴ A los que se la di, ya les pedí perdón.